

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ ALONSO

Profesor de Eclesiología - U. P. S.

La tensión dialéctico-real de la escisión de la cristiandad, concretizada en millones de personas que no comulgan con el mismo pan, que no obedecen al mismo pastor, que no se adhieren al Cristo de la revelación total y del mensaje de la voluntad de Dios sobre su Iglesia se patentiza en nuestros afanes, en nuestras discusiones, en nuestras alegrías y tristezas ecuménicas.

Cristianos como nosotros no podemos permanecer ajenos ante el divorcio eclesial entre un mensaje de Dios al mundo, una encarnación concreta de su amor, un pueblo elegido graciosamente, una comunidad de testigos de su amor al hombre realizada en una Iglesia y múltiples *ecclesiolae* que desvirtúan esta unidad.

Es evidente que, en una concepción Cristo-céntrica de la eclesiología en toda su vasta gama de problemas y —en concreto— en el caso de la consideración de los signos, propiedades o notas de la Iglesia, la única concepción coherente en el cristianismo, el tema de la unidad no podemos reducirlo a un problema humano y, por consiguiente, al tratar de aportar una solución a la crisis de la unión entre los cristianos, no podemos conformarnos con ninguna tentativa que pugne contra la voluntad de Dios sobre su Iglesia por muy aprovechables que aparezcan las componendas nacidas de una mentalidad exclusivamente humana.

De este Cristo-centrismo eclesiológico se irradia a la par luz para desechar como inauténtica cualquier postura que pretenda cifrar la unidad de la Iglesia en algo que, por muy grato y tradicional que nos resulte, no viene exigido radicalmente por el mensaje de Cristo a la comunidad. Si es imposible qui-

tar, menguar la realidad cristiana también es abusivo corregirla, desfigurarla, aumentarla.

Estamos ya muy lejos, si no temporalmente si categórica, intelectualmente de opiniones que, en el campo de la teología católica, cifraban la unidad de la fe en tres factores incommovibles: el latín, el tomismo y la estructura jurídica del derecho canónico¹.

Teóricamente todos estamos de acuerdo tanto en conceder a Cristo y al Espíritu el papel primordial en la Iglesia como en rechazar como imposición cualquier postura que esté dictada por meras normas humanas; la dificultad consiste en aceptar a Cristo desligado del pecado de la soberbia, de la autosuficiencia, de la complacencia del hombre.

Esta es nuestra unión, nuestra tarea, que se presenta con los visos de urgencia si no queremos hacer cada día más irreal los sueños de unidad, si pretendemos hacer de la doctrina de Cristo un testimonio para el mundo en lugar de una piedra de escándalo y de contradicción². ¿Por qué dividirnos, separarnos, desunirnos, cuando estamos llamados desde siempre a formar un solo Pueblo de Dios, a vivir en un solo Espíritu, a formar un solo Cuerpo de Cristo? La unidad trinitaria tiene unas exigencias sobre la multiplicidad humana y el hombre, en categorías cristianas, no puede estar dividido.

Con estos preámbulos, paso al tema: *la unidad de la Iglesia*.

No es necesario hacer una apología del tema de la unidad en el tratado sobre la Iglesia para demostrar su trascendencia y vitalidad; todos estaríamos de acuerdo en afirmar que, una vez alcanzada la unidad, tal como Cristo la quiso y la sigue queriendo, es decir, sin que sea el fruto de unos compromisos humanos, toda la problemática de la eclesiología quedaría automáticamente solucionada, porque tal consecución, supondría perfecta consonancia con Cristo de todos cuantos nos confesamos sus discípulos. El tema de la unidad es el resumen, la corona a donde se orientan todos los esfuerzos ecuménicos; pero como la experiencia hace patente la desunión entre cristianos, es decir, como lo que existe no es la unidad sino la diversidad, el tema que exponemos sigue siendo capital pero

¹ *L'unità della fede et l'unificazione dei popoli*, en *Seminarium*, oct.-dec. 1961, pp. 561-582. Citado de THILS, G.: *Unite et communion dans l'Eglise*, NRTh. 5, 1969.

² D. Oe. 1.

negativamente; a saber: la unidad no es aún corona de unos esfuerzos, consecución de unas ilusiones sino más bien cruz, dolor, trabajo para el Pueblo de Dios.

La manifestación de la división cristiana halla su claro exponente en ese número de iglesias que, confesando abiertamente su diferenciación y, muchos casos, su enemistad, aseguran tener a Cristo como su fundador y su guía. Ahí está el Consejo Mundial de las Iglesias que prueba cualquier cosa menos la unidad eclesial; el gran número de comunidades que aún se encuentran fuera de él; la Iglesia católica que se atribuye para sí la unidad auténtica y completa. ¿Qué prevalece en nuestras iglesias: la unidad de Cristo o el pluralismo de los hombres? ¿Cuál es el testimonio que damos: la hermandad de discípulos bajo la guía del Espíritu o la ideología pluralista de unos valores culturales? ¿No parece evidente que la unidad de la Iglesia, ante un mundo dividido como el nuestro, puede considerarse como irreal?

El tema de este artículo puede ser abordado desde diferentes puntos de vista, todos ellos tal vez legítimos en sí mismos, pero quizás también un tanto incompletos a la hora de hallar una contribución en el campo ecuménico. La unidad es un tema clásico dentro del capítulo "notas" de la Iglesia. Sería lícito incluso actualmente preguntarnos como individuos y como comunidad dónde se encuentra la Iglesia, esa Iglesia que conforme a la voluntad de Cristo es una, pero con ello no conseguiríamos más que reverdecer los también clásicos conflictos de compaginación entre las doctrinas católica y protestante sobre este particular; es fácil una afirmación común de unidad eclesial; difícil, en cambio, asignarle un contenido en el que todos coincidamos. Por esta razón excluyo en esta exposición cualquier enfoque que de una u otra forma pudiera saber a apologética de la Iglesia católica. No me preocupa tanto manifestar la unidad de la Iglesia católica cuanto buscar la unión de todos en Cristo Jesús; más que de notas hablaré de signos, de propiedades, de características de la Iglesia superando con ello cualquier postura que pudiera tildarse de partidista y sectaria.

La unidad que buscamos no puede reducirse a un grado que, a base de esfuerzo, pudiera conseguirse entre las iglesias prescindiendo de la unidad evangélica. Es relativamente fácil correr el peligro del espejismo de la unidad ante las amenazas y las presiones sociales, político-económicas del mundo que

nos rodea. Las realidades consumadas y escandalosas del hambre, de la injusticia, del robo, de la guerra, etc., pudieran presionar enormemente en orden a una consecución de la unidad de la Iglesia. Quiero dejar bien sentado que —no despreciando, incluso valorando fuertemente estos factores humanos— toda unidad conseguida a costa del Cristo revelado sería una traición teológicamente hablando. Por tanto, no sería suficiente alcanzar unos grados de unidad, tal cual los describe R. Mac Afee Brown ³.

— La unidad eclesial no puede cifrarse en unas relaciones amistosas entre las distintas iglesias que les conducirían a proyectos, reuniones, conferencias o encuentros en común; la unidad de fellowship está muy lejos de substituir a la de la Iglesia de Dios.

— Tampoco puede confundirse con una tarea conjunta en la que, en plena colaboración material y espiritual, a través de consejos de iglesias en el plano regional, nacional o internacional, se llevasen a efecto realizaciones tanto de tipo social como de orden teológico.

— Ni siquiera pudiéramos hablar de unidad de la Iglesia aun cuando ésta se consiguiera en un nivel ministerial, en el sentido de que se reconociesen mutuamente los ministerios de las diferentes iglesias llegando con ello a una plena comunicación en lo sagrado.

— Incluso una unión orgánica en la que las iglesias estén dispuestas a renunciar a su propia identidad en aras de una unidad más perfecta se me antoja como una sinrazón teológica que desembocaría al fin de cuentas en una anarquía a la hora de valorar el mensaje evangélico. Todo esto no son más que peldaños que ayudan a subir a la cumbre.

La unidad que nos interesa es la que Cristo confió a su Iglesia, la que se halla revelada en la Sagrada Escritura, la que mezcla la libertad con la unión, el pluralismo con la unidad, las iglesias con la Iglesia, los muchos con los unos, a Cristo con el hombre; ni nada más ni nada menos. Con palabras de G. Thils la unidad que deseamos es “identidad fundamental y diversidad auténtica” ⁴.

³ MCAFEE BROWN, R.: *The Ecumenical Revolution*, New York 1969, p. 138.

⁴ THILS, G.: *Unite et communion dans l'Eglise*, NRTh. 5, 1969, p. 482.

No se precisa ni siquiera sugerir que esta unidad no sólo no está reñida con el pluralismo de cualquier clase que éste sea sino que se integran y completan mutuamente como expresión feliz de la catolicidad eclesial y de la libertad de los hijos de Dios en la comunidad de la Iglesia. El pueblo de Dios, siendo uno, se compone de muchos miembros, de gentes venidas de oriente y occidente, de diferentes vocaciones y realizaciones ministeriales. El pluralismo en la Iglesia es la consecuencia inevitable y gozosa de la riqueza natural del hombre que la compone y del dinamismo del Espíritu que la llena y reparte sus dones conforme le place⁵.

Con tal objetivo ante la vista se hace imprescindible en primer lugar un examen de la Sagrada Escritura respecto al punto de unidad en la Iglesia. Solamente este apartado sería suficiente para justificar el contenido de este tema, pero como no es posible detenerse en él, es necesario que me limite a los datos escriturísticos más característicos para proseguir el examen de la concepción sobre la unidad tanto en la Iglesia católica como en las comunidades protestantes, particularmente en las reflexiones teológicas de los últimos tiempos. Como conclusiones me fijaré en los puntos teológicamente aprovechables en orden a la unión de las iglesias.

Antes de comenzar el estudio de los puntos propuestos quiero manifestar que la historia del movimiento ecuménico pone abiertamente de manifiesto la diversidad de tipologías de la unión; los caminos hacia la unidad son múltiples y se presentan como algo no uniforme sino articulado; con lo que pretendo indicar indirectamente que la exposición y sugerencias que se formulen a través de esta conferencia no son sino uno de los modos que pueden contribuir a la meta que todos anhelamos. Es un medio que, dentro de la variedad y pluralismo, puede conducir a la unidad⁶.

⁵ Sobre este particular pueden verse: LANNE, E.: *Pluralism and unity. The possibility of a variety of typologies within the same ecclesial allegiance*, en *One in Christ* 6, 1970, pp. 430-451. OSUNA, A.: *El pluralismo en la Iglesia y su significado ecuménico*, en *Script. Vict.* 16, 1969, pp. 273-312.

⁶ Véase LAMBERT, B.: *Le problème oecuménique*, París 1962, tom. I, pp. 137-178 en el cap. III titulado: *Le problème des relations interdenominationnelles: des églises a l'église*.

SAGRADA ESCRITURA Y UNIDAD DE LA IGLESIA

Tanto en los evangelios como en la vivencia de las comunidades primitivas, así como en las cartas paulinas principalmente, aparecen, de un modo o de otro, los grandes rasgos que dibujan la unidad eclesial. Es cierto que dicha unidad, prefigurada ya en el Antiguo Testamento⁷ se mezcla con el acento de diversidad propio de quienes viven en la libertad del Espíritu, pero, sin ningún género de dudas, el elemento que resalta no es el pluralismo sino la unidad, que es símbolo de la unión del Hijo con el Padre y el Espíritu; lo cual viene a indicarnos que el primero ha de explicarse con referencia a la segunda y no al revés.

Todo el mensaje del Nuevo Testamento testifica esta verdad: la Iglesia es una⁸.

El evangelio, de San Mateo, conocido también por el evangelio del Reino, expresa en sus parábolas del capítulo 13 toda la realidad de la unidad de esa Iglesia que viene a encarnar en parte ese reinado de Dios. Cualquiera de esas parábolas significa indirectamente esa unidad que impera incluso a pesar de la mala voluntad de los hombres y de las asechanzas del enemigo. A la Iglesia le corresponde —guardada la unidad de la enseñanza de Cristo— la misión de proclamar la Buena Nueva a todas las gentes (Mt. 28, 18-20), que por su parte han de responder de su actitud de aceptación o rechace de ese Reino de Dios (Mt. 23-25).

⁷ La prefiguración de esta unidad en el Antiguo Testamento puede apreciarse, entre otros acontecimientos, en la vocación de Abraham, llamado a ser el padre de un gran pueblo en el que serán benditas todas las naciones de la tierra (Gen. 12,2-3); en el papel unitario concedido a las tribus de Israel, al templo de Jerusalén y, sobre todo, a la elección del pueblo de Israel como pueblo de Dios, peregrino de la esclavitud a la libertad, de la adoración pluralista de los ídolos a la creencia de un solo Dios. Pueden verse: CAMBIER, J.: *Unité et Mission de l'Eglise selon l'écriture*, en *Salesianum* 24, 1962, pp. 338-343. LANNE, E.: *art. c.*, pp. 431-433.

⁸ BETZ, J.: *Die Einheit und Vielgestaltigkeit der Kirche*, en *Trierer Theologische Zeitschrift* 71, 1962, pp. 271-280. CAMBIER, J.: *art. c.*, pp. 343-356. LANNE, E.: *art. c.*, pp. 433-435. STAUFFER, E.: *ETS art.*, pp. 418-440, más concretamente: *Christus und die Einheit der Kirche*, pp. 436-440, en *ThWNT*, II (1950). El mismo art. en italiano se encuentra en *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. III (1967). VISCHER, L.: *Die Einheit der Kirche*, München 1965, pp. 262-264. *LThK*, III (1959) col. 750-754.

La aceptación del mensaje de Cristo en su unidad no es algo que quede puramente en el terreno del entendimiento sin permear la capa de la voluntad. Para testimoniar la unidad de la Iglesia es preciso una vivencia entre los participantes de la comunidad. Por eso en el capítulo 18 de Mateo se nos explica que la vida en la Iglesia exige de los fieles virtudes como la caridad, la humildad, el perdón, la sumisión a la autoridad eclesial, etc., etc., con otras palabras, los fieles deben ser retrato perfecto de esa unidad que Cristo confió a su Iglesia. Nada extraño que este capítulo —que encierra los temas de la gravedad del escándalo, del amor de Dios al hombre, de la corrección fraterna— haya sido llamado el discurso eclesial por la riqueza de enseñanzas que entraña referentes a la vida de la comunidad cristiana.

Estas ideas del evangelio de Mateo se encuentran plasmadas en la comunidad cristiana primitiva como aparece en los Hechos de los Apóstoles: existe una koinonia, una comunicación de bienes entre ricos y pobres, una celebración de la eucaristía, donde todos participan del mismo pan y del mismo cáliz, un reconocimiento de la autoridad del apóstol proveniente de su excelencia en la moralidad, predicación o en la realización de milagros, un sentido misionero que obliga a trabajar unidos para extender el mensaje de Cristo, etc., etc. (Puede verse Act. cap. 2, 4 y 5 principalmente).

El tema de la unidad de la Iglesia se expresa profunda y patéticamente en los escritos de San Juan. La comunidad de los discípulos de Cristo deben vivir en unos lazos de comunión semejantes a los que unen al Hijo con el Padre y el Espíritu; las parábolas de la vid y los sarmientos, del rebaño obediente a la voz del único pastor, reflejan estas enseñanzas. Esta vivencia tiene en Juan las mismas características que veíamos en Mateo, es decir, la unidad se consigue a base de práctica de los mandamientos de Dios, a costa de obediencia a sus deseos y preceptos, sobre todo al del amor fraterno (Jo. 14, 21).

En el discurso después de la Cena aparece como leitmotiv la unidad. La manifestación del Padre en el mundo, el móvil de la encarnación de Cristo y la aceptación del Señor Jesús como enviado del Padre, son las metas a las que Cristo dirige su discurso. Jesús ha cumplido esta misión continuamente haciendo la voluntad del Padre, pero ahora, cuando presente la hora de su muerte y su partida a los cielos, pide para que sus

apóstoles continúen ese encargo de unidad. "Que sean uno como nosotros" (Jo. 17, 11). Como la gloria del Padre y el conocimiento del mensaje del Hijo han de durar indefinidamente, hasta el fin de los tiempos, es obvio que Cristo extienda la eficacia de su oración a todos aquellos que en el transcurso de los siglos han de creer en El" a fin de que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti" (Jo. 17, 21). Aquí tenemos claramente expresada la unidad de la Iglesia, que fundamentalmente no es otra cosa que la comunidad de creyentes en Cristo Jesús. Sí, la Iglesia de Cristo es una, con esa unidad ejemplificada en la unión de la Trinidad, pero esta unidad no es algo estático, algo convertido en fin, sino realidad dinámica, instrumento eficaz para conseguir la unión con Cristo Jesús, el fin de la misión eclesial" para que crea el mundo que tú me enviaste" (Jo. 17, 21). La unidad de la Iglesia está plenamente ligada a su misión de servicio a los hombres y a la glorificación de Dios, lo cual quiere decir que, durante el estadio terreno, la Iglesia añorará necesariamente la perfección de la unidad, que no se le concederá hasta que todas las cosas sean cumplidas en Cristo, hasta que la Iglesia celeste dé el abrazo definitivo a la terrestre. La unidad, aún existiendo, se va realizando, desarrollando, perfeccionando de la misma manera que se realiza y perfecciona la fe en Cristo y el amor a los hermanos.

SAN PABLO. A Pablo más que a ningún otro apóstol le ha tocado defender la unidad en medio de las acusaciones de los judaizantes y de la insensibilidad espiritual de los gentiles. Su postura no es rígida; en su alma de apóstol no existe la exclusión de personas: "No hay judío ni griego, no hay siervo ni libre, no hay hombre ni mujer. Pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gal. 3, 28); tampoco es de compromiso humano; su norma es garantizar la verdad única del evangelio de Cristo (Gal. 1, 6) en la que caben posturas de todas las clases sin que se exija una uniformidad de vida a los seguidores del evangelio. Pablo reconoce la variedad en la unidad.

El estudio minucioso de todas las cartas de San Pablo referentes a este tema sería demasiado extenso; por ello nos limitamos al caso de Corinto y a la epístola a los Efesios.

Allá por la mitad del siglo primero (55-57) la comunidad de Corinto se estremeció seriamente ante la amenaza de un movimiento religioso caracterizado por su entusiasmo, nacido

de unos resortes humanos por haber olvidado la fuente de todo conocimiento espiritual: Cristo. Este movimiento, cualquiera que sea su calificación, gnóstico o prognosis cristiana pretende suplantar el conocimiento espiritual, la inteligencia y vivencia de la Persona de Cristo por un entendimiento humano de los mismos. La aplicación de este principio equivaldría automáticamente a la crítica y destrucción de toda la vida espiritual en Corinto. Allí donde había tradiciones litúrgicas, doctrinales, enraizadas en la autoridad del apóstol como continuador de Cristo, habría que colocar decisiones desprovistas de toda autoridad; donde había caridad, exigida por la doctrina cristiana, miras particularistas surgidas del egoísmo personal; donde humildad, la soberbia del espíritu y así sucesivamente.

La postura de Pablo ante esta situación es clara: Ante las divisiones y desavenencias, ante el yo soy de Apolo, yo de Cefas, yo de Pablo, está: ¿Es que Cristo está partido? ¿O Pablo ha sido crucificado por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? (1 Cor. 1, 13). El remedio contra tal división aparece en 1 Cor. 2, 1-16: el conocimiento profundo y verdadero de Cristo es un conocimiento espiritual, concedido por el Espíritu a los fieles que viven alrededor de los apóstoles y sucesores demostrando con su obediencia y sumisión esa verdad primordial en su cristianismo: que Cristo ha sido crucificado y muerto por ellos. El apóstol no habla la sabiduría de este mundo sino la de Dios (1 Cor. 2, 6-8); el hombre material no capta las cosas del espíritu; el espiritual, en cambio, todo lo discierne (1 Cor. 2, 14-16) aunque no sea comprendido. La unión se realiza en Cristo Jesús, él es su centro, pero en el fondo de la cuestión palpita la idea de que para los corintios, la unidad en torno al apóstol es la prueba evidente de la unidad en Cristo, de la unidad en la Iglesia.

En la carta a los Efesios la reflexión teológica de Pablo referente al misterio de Cristo y a la unidad de la Iglesia llega a su culmen.

El misterio escondido desde la eternidad en Dios, la voluntad salvífica universal, se ha revelado en Cristo y nosotros por su redención hemos sido llamados a participar de la gracia mediante la vida de santidad en la presencia de Dios (Ef. 1, 1-12). La fuerza del Espíritu que se nos ha concedido es la garantía de nuestra herencia mientras no consigamos la redención total (Ef. 1, 13-15). Todo, en el cielo, la tierra y los abis-

mos está bajo el señorío de Cristo, un señorío reconocido por el Padre que le ha resucitado de los muertos y lo ha colocado a su diestra en los cielos (Ef. 1, 20-22); pero si Cristo es de alguna manera especial Señor lo es de su Iglesia; Cristo es cabeza de la Iglesia y ésta a la vez su pléroma, su cuerpo (Ef. 1, 22-23).

En el capítulo 2, 11-22 de esta carta se esfuerza Pablo en manifestar la unidad de todos los hombres, conseguida en el hecho salvífico de la muerte de Cristo. Los gentiles según la carne, los incircunciosos, los excluidos del pueblo de Israel en algún tiempo, han encontrado la unidad en Cristo y de ahí la nueva vida, la paz, la vivencia en el Espíritu que conduce a todos al mismo Padre. Por tanto, ya no hay extranjeros sino conciudadanos de la misma Iglesia, no hay impuros sino santos, ya que todos se fundan en apóstoles y profetas cuyo fundamento angular es el mismo Cristo.

Con el capítulo cuarto comienza, según se admite generalmente, la parte parenética de la carta a los Efesios. Pablo exhorta a que se proceda de la manera que conviene a la vocación recibida de Dios: hay que caminar en la humildad, en la mansedumbre, en la caridad, sufriendose los unos a los otros (Ef. 4, 1-2).

Esta parenesis queda cortada por una exposición doctrinal, centrada en el tema de la unidad de la Iglesia, para continuar en el versículo 17 del citado capítulo. "Un solo cuerpo, un solo espíritu, como es una también la esperanza a la que sois llamados por vuestra vocación. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos, por todos y en todos" (Ef. 4, 4-8).

El desarrollo doctrinal de Pablo se centra, como opina Cambier⁹ sobre la cualidad esencial de la unidad que los fieles deben guardar entre ellos en la Iglesia. Dicha unidad eclesial tiene su prototipo en la Trinidad: Un solo Señor, un solo Dios y Padre de todos, un solo Espíritu; ha de ser ejercida en la unidad de la fe, en la profesión de un solo bautismo, en la misma esperanza de una única vocación.

La unidad de la Iglesia *parece* perfecta tanto por su origen como por el fin al que debe tender, origen y fin que, realmente, vienen a coincidir si consideramos que la unidad de la fe y el pleno conocimiento del Hijo de Dios no puede concebirse

⁹ CAMBIER, J.: *art. c.*, p. 350.

sin una confesión trinitaria de la que procede toda unidad eclesial.

La unidad que Pablo concibe, pese a su trabazón, y tal vez por ello, admite una variedad, una multiplicidad, un pluralismo, reflejado en la diversidad de dones que, para la edificación del Cuerpo, han sido concedidos a los miembros. "Y es él quien otorgó a unos ser apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores" (Ef. 4, 11). La variedad distingue pero no destruye; el pluralismo enriquece pero no divide.

Finalmente, esta unidad está orientada a Cristo de una forma dinámica, dinamismo que exige un esfuerzo y que lleva implícito un progreso; esta unidad se está realizando en medio de unas circunstancias adversas a Cristo y se encarna en unos hombres en los que la carne lucha contra el espíritu; no es de extrañar, por consiguiente, que en el proceso de esta realización se den altibajos, aparezcan retrocesos unas veces, avances otras. Es decir, considerada desde el punto de vista de la meta a la que ha de tender, la unidad eclesial se reviste de imperfección porque, de otra suerte, no podríamos hablar de una esperanza "hasta que todos juntos nos encontremos en la unidad de la ley del pleno conocimiento del Hijo de Dios; hasta que formemos este varón perfecto en la madurez del desarrollo: la plenitud de Cristo" (Ef. 4, 13).

IGLESIA CATOLICA Y SU CONCIENCIA SOBRE LA UNIDAD ¹⁰

Podemos afirmar categóricamente que la Iglesia católica siempre ha tenido conciencia de su unidad, unidad que incluye la unicidad en el sentido de que no la comparte con otras iglesias. La Iglesia católica se cree una y única en la fe, en los sacramentos y en la sumisión a la dirección apostólica.

Esta verdad aparece a lo largo de sus símbolos, desde el

¹⁰ Sobre este tema puede consultarse la siguiente bibliografía: DILLENBERGER and WELCH: *Protestant Christianity, interpreted through its development*, New York 1954, pp. 284-301. FRIES, H. - NEWMAN, J. H.: *Einigung der Christen-eine Utopie?*, en *Catholica* 15 (1961) pp. 121-133. ID.: *Ein Wegbereiter der christl. Einheit*, en *Catholica* 15 (1961) pp. 60-70. HOLBOECK, F. - SARTORY, T.: *El misterio de la Iglesia*, Barcelona 1966, esp. pp. 214-218. KÜNG, H.: *La Iglesia*, Barcelona 1969, pp. 315-354. Más bibliografía sobre el tema de la unidad de la Iglesia

nico-constantinopolitano hasta las últimas elaboraciones teológicas del Concilio Vaticano II¹¹.

Cae fuera de este trabajo el intento de examinar detenidamente esta doctrina a lo largo de los siglos; además pueden encontrarse artículos que se refieran a puntos concretos de esta materia¹²; mi intención es limitarme a algunas afirmaciones del Vaticano II que, comparadas con otras de la postura protestante, pueden arrojar cierta luz en las formulaciones que se expondrán al final de este trabajo. Me refiero al capítulo I, n. 2 del Decreto sobre el Ecumenismo y al capítulo III, artículos 23 y 26 de la Constitución sobre la Iglesia.

Es muy probable que, bien examinadas todas las cosas y puestos en la balanza todos los argumentos, no encontremos en el mencionado artículo del Decreto sobre el Ecumenismo una enseñanza diferente a la tradicional en lo que respecta a la unidad de la Iglesia; no obstante se me antoja que el enfoque, la táctica llevada en la expresión, la acentuación sobre ciertos aspectos y la negligencia de otros, pueden contribuir a darnos una idea más exacta, más positiva del concepto de unidad que la Iglesia tiene sobre sí misma.

En la exposición doctrinal realizada en el artículo II del primer capítulo del Decreto sobre el Ecumenismo —toda ella

puede verse en esta obra, en nota 9 de p. 326. LAMBERT, B.: *o. c.*, t. II, pp. 653-696, en el cap. XII: *Renouveau et Unité*. SCHLIER und VOLK, H., en *LThK*, III (1959) col. 750-754. SCHMAUS, M., en *Kath. Dogmatik*, III/1 (1958) pp. 544-596. SCHNACKENBURG, R.: *The Church in the New Testament*, New York 1965, esp. pp. 128-132. ZAPELENA, T.: *De Ecclesia Christi*, pars apol., Roma 1955, pp. 463-477.

¹¹ Véanse: DENZ., núms. 86, 14, 347, 423, 464. MANSI: *Sacr. Conc.*, t. 51, c. 5391: "Cum eiusmodi sit vera Christi Ecclesia, declaramus hanc visibilem conspicuamque societatem esse illam ipsam divinaram promissionum ac misericordiarum ecclesiam quam Christus tot praerogativis ac privilegiis distinguere et exornare voluit; eademque ita plane in sua constitutione esse determinatam, ut quaecumque societates a fidei unitate vel a communionem hujus corporis seiunctae nullo modo pars eius aut membrum dici possint".

N. B. Esta declaración sobre la unidad eclesial tomada del cap. V del primitivo esquema *De ecclesia* del Concilio Vaticano I bajo el título *De ecclesiae unitate* sabemos que está redactada en oposición a la distinción protestante de iglesia visible e invisible, a la teoría de ramificación (Branch Theory) y a la doctrina fundamentalista y latitudinaria, representada principalmente por Jurieu.

¹² Ver GARCÍA MATARRANZ, F.: *La unidad y necesidad de la Iglesia según el primer esquema del Vaticano I*, en *Script Vict.* 16 (1969) pp. 241-272. LANNE, E.: *art. c.*, pp. 435-450.

ocupada con la descripción de la unidad y unicidad de la Iglesia, cosa obvia tratándose de buscar la unidad entre los cristianos— se advierte un contenido eminentemente bíblico orientado a la salvación de la humanidad por esa Iglesia que debe guardar la unidad. La misión del Hijo, una misión de salvación en orden a unir la humanidad entera, el envío del Espíritu Santo completando la obra del primero y el amor del Padre, manifestado en los acontecimientos anteriores nos hablan de una concepción dinámica, vital de la unidad eclesial. El dinamismo trinitario es la imagen primigenia de la vitalidad unitaria de la Iglesia. Con razón podemos caracterizar la ecle-siología aquí expuesta, en palabras de G. Thils, como un tratado que “define la Iglesia como un todo orgánico compuesto de lazos espirituales —fe, esperanza y caridad— y de estructura visible —profesión de fe, economía sacramentaria, ministerio pastoral— y que culmina en el misterio eucarístico, fuente y expresión de la unidad de la Iglesia, o mejor de la Iglesia una”¹³.

La unidad no aparece como fruto de deliberaciones o contribuciones humanas sino como *Communio* verificada por obra de Dios, en la que encuentran cabida la Encarnación, la cruz, la promesa del Espíritu, el mandamiento del amor y la eucaristía, el sacramento en el que la *unitas Ecclesiae et significatur ey efficitur*. El Espíritu Santo es el principio de esta unidad entre los fieles y Cristo dejando amplio espacio para la diversidad de dones que evidencian la riqueza de tal unidad.

En esta unidad espiritual no se pasa por alto el papel de la estructura jerárquica de la Iglesia, la función de los doce y de sus sucesores, los obispos; pero nótese que el oficio y la jerarquía en la Iglesia están al servicio de su unidad; la consecución de ésta se atribuye a Cristo y al Espíritu; la jerarquía está a su servicio y esto sólo cuando se realiza con amor.

Es interesante advertir que en todo este artículo no aparece por ninguna parte la expresión Iglesia católica; se habla siempre de la Iglesia de Cristo. Esta modalidad expresiva no carece de valor teológico. No quiero afirmar que en la unidad que aquí se examina se excluyan los elementos externos que la Iglesia católica siempre consideró esenciales en ella ni que ella se considere privada de tal unidad; lo que me parece significativo es que, al adoptar este lenguaje, la Iglesia católica

¹³ THILS, G.: *Le Décret sur l'oecuménisme du deuxième Concile du Vatican*, París 1966, p. 38.

no se identifica sin más (plenamente) con la Iglesia de Cristo, admitiendo al menos como posible, la existencia de otras iglesias que sean también Iglesia de Cristo y por ello, poseedoras de cierto grado de unidad. La Iglesia de Cristo se hallaría presente, a mi entender, en otras comunidades no católicas y esto no solamente por la existencia en ellas de unos elementos invisibles sino también por la presencia de factores visibles. Con otras palabras: La Iglesia de Cristo subsistiría en la Iglesia católica —suprimida la expresión *es la Iglesia católica*— dejando a otras la posibilidad de participar en esa subsistencia.

Tal vez lo más importante en este artículo teológicamente hablando sea el enfoque dado a la unidad, el mismo que el atribuido a la Iglesia en la Constitución *Lumen Gentium*. La elección de Dios, la obra salvífica de Cristo, la animación del Espíritu aparecen en el primer plano; la iglesia institucional viene detrás; se insiste en la variedad de carismas y ministerios; a su servicio y sólo de esta forma, se concibe el oficio petrino y apostólico en general. Pero la estructura como tal permanece la misma, es decir, jerárquica, terminando en Pedro.

Todo lo dicho se refiere a la Iglesia universal. Pero ¿qué se afirma de la iglesia local? En este tema a mi entender pueden percibirse aportaciones interesantes.

Es necesario reconocer en primer lugar que en el Concilio Vaticano II, concretamente en la Constitución *Lumen Gentium*, no está desarrollada una eclesiología de las comunidades particulares, de las iglesias que, concretizadas en un lugar, dicen referencia a la universal. Sin embargo, aparecen en los artículos 23 y 26 del capítulo III de esta Constitución ciertas afirmaciones que tienen gran trascendencia en el terreno ecuménico y más concretamente en el problema de la unidad¹⁴.

Conforme a la doctrina expuesta en estos artículos, la comunidad eclesial particular *es* iglesia en el sentido verdadero del término porque en ella se encuentran la palabra del Señor y la celebración eucarística, conmemoración de su muerte hasta que El venga; de esas iglesias particulares puede procederse a un entendimiento de la Iglesia en cuanto tal ya que en ellas *vere adest* la Iglesia de Cristo; de ahí que a las diócesis —en

¹⁴ Pueden verse además: El Decreto sobre el Oficio pastoral de los Obispos en la Iglesia, *Christus Dominus*, cap. II, a. 11. El Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes*, cap. III, a. 19 y 20.

conformidad con una fundamentación bíblica¹⁵— no se les considere como trozos de la Iglesia universal en los que se ejerce una función administrativa, sino que se les llame iglesias en las que (*in quibus* y no *ex quibus*) la Iglesia por excelencia existe de una manera concreta.

La aplicación de esta doctrina sobre la iglesia particular, local, puede encontrarse sobre todo en la Constitución sobre la sagrada liturgia, especialmente en el cap. I, a. 41.

LA UNIDAD EN LAS IGLESIAS PROTESTANTES

Es poco menos que imposible detallar en escaso tiempo el sentido de unidad que tienen las iglesias protestantes; quiero únicamente dar unos trazos generales sobre este punto.

Antes de nada ha de advertirse la diversidad de doctrina sobre el particular de las distintas comunidades protestantes; habida cuenta de este hecho, he aquí los puntos principales sobre la materia:

— El protestantismo es plenamente consciente del abismo existente entre la verdad de la unidad eclesial y la existencia de muchas comunidades que se confiesan iglesia de Cristo¹⁶.

— A pesar de la división, la unidad de la Iglesia por ser obra de Dios, no puede ser totalmente destruida por las deficiencias y pecados de los hombres¹⁷.

— Esta unidad es invisible, basada en la comunión de los fieles con Cristo y por Cristo consigo mismos, y también visible, manifestada en la predicación de la fe según doctrina apostólica, en los sacramentos del bautismo y de la Cena y en la caridad, servicio a los demás.

¹⁵ Véase CERFAUX, L.: *La théologie de l'Église suivant St. Paul*, París 1948, p. 226.

¹⁶ La declaración de Toronto de 1950 dice: "Die Kluft zwischen der Wahrheit, dass nur eine Kirche Christi ist und sein kann, und der Tatsache, dass so viele Kirchen existieren, die behaupten, Kirche Christi zu sein, aber keine lebendige Einheit miteinander haben...", en MICHAEL, J. P.: *Christen suchen eine Kirche*, 1958, p. 179.

¹⁷ Lund, 15-28 agosto 1952: "Wir glauben alle, dass Gott seiner Kirche Einheit in einer reichen Mannigfaltigkeit von Werken der Barmherzlichkeit, von zeugnishaften Taten sittlicher und sozialer Art und von prophetischer Einsicht in die menschlichen Dinge schenkt. Er eint seine Kirche in einer Liebe zu den Brüdern und allen Menschen, die über alle Grenzen von Rasse, Klasse, Farbe und Nation hinaussgreift", en VISCHER, L.: *Die Einheit der Kirche*, p. 102.

— Se distingue entre diversidad y separación —Mannigfaltigkeit und Spaltung— y mientras se concibe la primera como manifestación del Espíritu en la Iglesia, a la segunda se le califica de pecaminosa¹⁸.

— El hombre ha de trabajar, creyendo y arrepintiéndose, por la consecución de la unidad¹⁹; empresa que ha de realizarse bajo la dirección del Espíritu descartando todas las miras humanas²⁰.

Vistos estos principios generales, deseo exponer siquiera brevemente el contenido sobre la unidad de la Iglesia según la definición de Nueva Delhi²¹.

He aquí el texto original:

We believe that the unity which is God's will and his gift to his Church is being made visible as all in each place who are baptized into Jesus-Christ and confess Him as Lord and Saviour, are brought by the Holy Spirit into one fully com-

¹⁸ Evanston, 15-31 setiembre 1954: "Nur im Lichte des Einsseins der Kirche in Christus können wir den Unterschied zwischen Mannigfaltigkeit und Spaltung und ihr Verhaeltnis zur Sünde verstehen. Es gibt eine Mannigfaltigkeit, die nicht sündig, sondern gut ist, denn sie spiegelt sowohl die Mannigfaltigkeit der Gaben des Geistes in dem einen Leibe wie die Mannigfaltigkeit der Schoepfung durch einen Schoepfer wider. Aber wenn Mannigfaltigkeit die offenbare Einheit des Leibes zerbricht, dann aendert sie ihren Charakter und wird zur sündigen Spaltung. Sie ist sündig, weil sie für die Menchen die Allgenugsamkeit des Versoehnungswerkes Christi verdunkelt, sofern das Evangelium der Versoehnung recht eigentlich im Leben derer verleugnet wird, die es verkündigen". VISCHER, L.: o. c., p. 150.

¹⁹ Lausanne, 3-21 agosto 1927: "Gott will die Einheit. Unsere Anwesenheit auf dieser Konferenz legt Zeugnis dafür ab, dass wir unsern Willen unter seinen Willen beugen wollen. Wie immer wir die Anfaenge der Entzweigung rechtfertigen moegen, wir beklagen, dass sie weiterdauern und anerkennen es als unsere Pflicht, fortan in Busse und Glauben dafür zu wirken, dass die zerstoeten Mauern der Christenheit wieder aufgebaut werden". VISCHER, L.: o. c., p. 30.

²⁰ Edinburg, 3-18 agosto de 1937: "Wen wir versuchen, uns das Ziel unserer Bemühungen klar vor Augen zu stellen, wollen wir damit nicht etwas Neues schaffen; wir wollenvielmehr unter der Leitung des Heiligen Geistes das Wesen der Kirche, wie sie von Gott in Christus geschaffen worden ist, seinem ganzen Umfang nach entdecken", en VISCHER, L.: o. c., p. 67.

²¹ Esta definición fue adoptada el 4 de diciembre de 1961 en la tercera asamblea general del Consejo Mundial de las Iglesias. VISSER'T HOOFT: *Nouvelle-Delhi 1961. Conseil oecuménique des églises*, pp. 113-119. SOEPI, n. 49, 9 diciembre 1961, pp. 4-5. VISCHER, L.: o. c., pp. 159-181.

mitted fellowship, holding the one apostolic faith, preaching the one Gospel, breaking the one bread, joining in common prayer, and having a corporate life reaching out in witness and service to all, and who at the same time are united with the whole christian fellowship in all places and all ages in such wise that ministry and members are accepted by all, and that all can act and speak together as occasion requires for the tasks to which God calls his people.

Ante la imposibilidad de una exposición completa, estos son los hechos que pueden fijar nuestra atención²²:

— El preámbulo de esta definición muestra palpablemente dos cosas: 1.^a) que la unidad de la Iglesia es un don de Dios que importa a la vez un mandato, de tal suerte que cuando se le desprecia o se le desatiende —nunca se le puede descartar— el hombre es culpable ante Dios. “El amor del Padre y del Hijo en la unidad del Espíritu Santo es la fuente y el término de la unidad que Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, quiere para todos los hombres y para la creación”. Y 2.^a) que dicha unidad ha de resultar visible en cuanto que exige un medio de expresión.

En el cuerpo de la definición se descubren los siguientes aspectos:

— Se enumeran tres formas por las que se hace visible la unidad de la Iglesia: la unidad local, la unidad que se efectúa por el reconocimiento mutuo de diversas iglesias y la unidad de acción en el mundo.

— La unidad que se resalta es sobre todo la local, que para adquirir su plenitud, ha de encontrar en el espacio y el tiempo los lazos que la unen a las demás iglesias y al mundo. “Nosotros creemos que la unidad, voluntad y donación de Dios a su Iglesia, se hace visible cuando, en un *mismo lugar*, aquellos que han sido bautizados en Cristo Jesús y le confiesan como Señor y Salvador...”.

¿Qué se entiende aquí por lugar?

El informe sobre la unidad de la Iglesia se expresa claramente: “Cette affirmation se sert du mot 'lieu' dans son sens premier de voisinage, mais aussi dans un sens plus moderne qui vise tout autre situation ou les chrétiens ont a exprimer

²² Un estudio completo puede verse en VON ALLMEN, J. J.: *L'unité de l'Église d'après la définition de la Nouvelle-Delhi*, en *Ephem. Theol. Lovan.* 42 (1966) pp. 242-252.

l'unité en Christ"²³. La palabra lugar comprende un doble sentido: uno territorial, geográfico, no circunscrito a la comunidad local sino extendido a cantones, departamentos, provincias, naciones, etc., y otro que von Allmen llama categorial, aplicado a toda situación donde los cristianos expresen o puedan expresar su unidad en Cristo.

— A esta iglesia local le corresponden la santidad, la catolicidad, y la apostolicidad o la iglesia santa, católica y apostólica se visibiliza en la iglesia local y, por tanto, ésta tiene que ser necesariamente una.

— Aparte de estas afirmaciones hay otros puntos que exigirían un detenido estudio; tales son, por ejemplo, la relación entre iglesia local e iglesia universal, concepto y reconocimiento del ministerio entre las diferentes iglesias, etc., etc. Pero esto no es tema de este trabajo. Solamente pretendía acentuar algo que, como el concepto de iglesia local, tiene enorme importancia en la búsqueda de la unidad.

LA UNIDAD QUE BUSCAMOS

La exposición que he desarrollado ha estado desde un comienzo orientada hacia una búsqueda ecuménica de la unidad de la Iglesia; una vez vistas tanto la concepción católica como la protestante, procede formular ideas y sugerencias que, supuesto el estado actual de la teología, han de iluminar nuestros esfuerzos comunes hacia la unión.

Una reflexión sobre las ideas expuestas anteriormente nos llevaría a los siguientes resultados:

— Todos somos conscientes del peligro humanista que amenaza al movimiento ecuménico. En grandes sectores cristianos se está actualmente cuestionando la validez de unos esfuerzos que olvidando, al parecer, los grandes problemas como el de la guerra, el del hambre, el de la raza, etc., etc., se centrasen en algo espiritual, como es el tema que estamos considerando. ¿De qué serviría una unidad eclesial cuando el mundo se atormenta por la desunión en todos los campos humanos? ¿No estaríamos los ecumenistas obstaculizando o al menos retrasando la solución de los problemas más agudos actualmente en el mundo? La respuesta a estas preguntas requeriría

²³ VISSER'T HOOFT: *o. c.*, p. 115.

un estudio especial; pero por el momento, pensemos que acceder a tal duda supondría negar la raíz la historicidad de la Iglesia y el valor de ella en orden a la solución integral de los problemas del hombre. Buscar la unidad en la Iglesia supone, en primer lugar, un convencimiento de que estamos trabajando por una causa noble, actual, vital, incluso bajo el aspecto humano.

— La vitalidad de esta causa no procede ni puede proceder de fuentes humanas; por consiguiente, cualquier intento para restaurar la unidad nacido exclusivamente de las fuerzas de la carne y no del espíritu, sería ilegítimo desde el punto de vista teológico. La unidad de la Iglesia como hemos visto se funda, en último término en la unidad de Dios Trino (Ef. 4, 6) (1 Cor. 8, 6); en Dios Padre que —en un plan universal de unidad— quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2, 4); en la encarnación de la Palabra —el puente, la mediación, el camino entre la humanidad y Dios— (1 Tim. 2, 2; Jo. 14, 6)²⁴ y en la actividad del Espíritu que, en la diversidad de carismas, es el principio de unidad de la Iglesia (Ef. 4, 11).

— Esta unidad esencial de la Iglesia —donación trinitaria— se complementa con la que pudiéramos llamar unidad funcional, es decir, la Iglesia posee una unidad en orden a testimoniar el mensaje de Cristo a la humanidad. “No ruego sólo por ellos sino también por los que por su predicación creerán en mí... para que crea el mundo que tú me enviaste” (Jo. 17, 20-21).

— De esta afirmación nace la obligación de todo cristiano para reconocer y conservar la unidad de la Iglesia —una unidad conservada en la unión con Cristo y en el amor con los hermanos— y para adaptarse a las circunstancias históricas de cada tiempo con el fin de dar expresión de unidad al deseo de Cristo “que todos sean uno” (Jo. 17, 21).

— Podríamos preguntarnos cuál es actualmente nuestro cometido (como pastores y teólogos) en la tarea de la unidad de la Iglesia de Cristo.

— Supuesta la importancia y necesidad del reconocimiento por nuestra parte de los valores existentes en otras iglesias,

²⁴ Ver MALMBERG, F.: *Ein Leib-ein Geist*, 1960, pp. 223-273 donde desarrolla el tema de la encarnación, fundamento de la unidad de la Iglesia.

de nuestro amor hacia los demás, de una postura de sinceridad y de servicio en todas nuestras actuaciones, me atrevo a indicar lo siguiente:

— En el lenguaje católico-protestante sobre el tema de la unidad aún quedan muchísimos interrogantes que contestar; nuestro campo de investigación pudiera llegar a temas como:

La valoración de una jerarquía de verdades de fe, dentro de la unidad del mensaje revelado por Cristo.

La relación entre las formulaciones dogmáticas y la vivencia de las diferentes iglesias.

La libertad del Espíritu y las estructuras de la Iglesia.

La problemática del ministerio en la teología actual.

La realidad de otras iglesias respecto a la católica, etc., etc. Esto no obstante opino que consideradas las doctrinas protestante y católica sobre la unidad, pudiéramos encontrar un punto común sobre el que basar nuestra investigación teológica; me refiero al estudio de la iglesia particular.

Tanto los textos del Vaticano II como los de Nueva Delhi dejan entrever una importancia extraordinaria de la iglesia local; es cierto que los escritos neo-testamentarios no son muy explícitos a la hora de examinar la diversidad de tipologías de las iglesias particulares, pero siempre es posible tal diversidad que, dentro del contexto de unidad, mostraría el valor teológico de tales iglesias en referencia a la consecución de la unidad.

El desarrollo de la teología de la iglesia local supondría una mayor inteligencia del pluralismo dentro de la unidad, cosa digna de tenerla en cuenta²⁵, una valoración más positiva de la fracción del pan en la celebración eucarística y un sentido más agudo de la relación entre Iglesia y mundo, con las exigencias que ello implica.

En resumen nos afanamos por una unidad que, concedida graciosamente por Cristo a su Iglesia y ejemplificada en la vivencia trinitaria, encuentra su pleno sentido en el amor a los hermanos, concretizado admirablemente en la conmemoración de la Cena del Señor.

A ella caminamos en la esperanza de que esa Iglesia a la vez que es una, está consiguiendo, conquistando, realizando su unidad.

²⁵ Ver NOVAK, M.: *Diversidad de estructuras. Libertad dentro de las estructuras*, en *Concilium* 1 (1965) pp. 95-104.